

Orles-sur-Meck, 23-9-45.

Orta Felipa Costabella.

Querida: Esta semana no he tenido carta tuya. Ello no me impedirá, sin embargo, de escribirte unas líneas, de dedicarte un rato de esta tarde de domingo.

Ayer encontré a Puig, el marido de tu amiga Conchita. Me dijo que había recibido una carta de su esposa. Casi siempre que me ve, me habla de lo mismo. Como sabe la amistad que te une con su mujer, tiene interés en contarme las cosas que ésta le escribe. Me explicó, entre otras cosas, tu inquietud por no haber tenido noticias mías. Supongo que, a estas horas, alguna de mis misivas habrá venido a disiparte esa inquietud.

No sé si conoces a Puig, quiero decir si le conoces a fondo. Yo tampoco lo he tratado muy de cerca, pero, sin dejar de ver en él un excelente muchacho, me ha parecido observarle algunos defectos. Es, sobre todo, un tanto presumido y Don Juan.

Le gusta, por ejemplo, hacerse ver en el baile, donde suele exhibir sus cualidades de tanguista. Es joven todavía, bastante bien formado y no desprovisto de elegancia. Además, sabe expresarse con soltura y sin timidez. Con todo lo cual, no es de extrañar que llegue a conmovérsele, a pesar de saberlo casado, algún tierno corazón. Es de los que les gusta jugar con el amor. Creo que tiene una gran intimidad con una muchacha de aquí, su bailadora preferida. Esto ha motivado que las malas lenguas se desatasen, atribuyéndole incluso propósitos indignos. La intervención de algunos amigos suyos y particularmente de su hermano, según tengo entendido, le han puesto en razón y es de esperar que no volverá a salirse del buen camino, ni es que en realidad se había salido de él.

No creo necesario recomendarte guardes absoluto secreto a Conchita de las precedentes indiscreciones, pues te sé lo suficiente comprensivo y delicado de sentimientos para no dar un serio disgusto a esa pobre chica.

Como te decía en mi carta anterior, ahora tengo el trabajo en Orles mismo, a 10 minutos del pueblo.